

EL CÍCLOPE CIEGO

**Entre la globalización económica
y la mundialización de la violencia**

Pablo Celi

EL CÍCLOPE CIEGO

**Entre la globalización económica
y la mundialización de la violencia**



2001

Escuela de Sociología y Ciencias Políticas
de la Universidad Central del Ecuador

EL CÍCLOPE CIEGO

Entre la globalización económica y la mundialización de la violencia

Pablo Celi

Serie: COYUNTURAS

1ra. Edición • Ediciones Abya-Yala
Av. 12 de octubre 14-30 y Wilson
Telfs.: 506-267 / 562-633
Fax: 506-255 / 506-267
Casilla 17-12-719
E-mail: editorial@abyayala.org
www.abayala.org
Quito-Ecuador

• Escuela de Sociología y CCPP
de la Universidad Central
del Ecuador
Casilla 17031692
Telf: 565-822 / 231814 / 558874
Fax: 565882
II Piso Facultad de Jurisprudencia,
Ciencias Políticas y Sociales
Universidad Central del Ecuador

ISBN: 9978-04-722-0

Autoedición: Ediciones Abya-Yala
Quito-Ecuador

Impresión: Producciones digitales Abya-Yala
Quito-Ecuador

Impreso en Quito-Ecuador, septiembre del 2001

PRESENTACIÓN

La Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la Universidad Central posee una línea de publicaciones diversificada. Su **Revista Ciencias Sociales** cuenta ya con veinte números en circulación; varias colecciones de libros han dado cuenta del aporte plural con el cual nuestra institución se inserta periódicamente a dar aliento al desarrollo de la teoría social y al debate de problemas cruciales de interés nacional.

En los últimos años, y haciendo uso de la cooperación brindada por diversas organizaciones e instituciones, hemos emprendido con la Editorial Abya-Yala la publicación de dos series de trabajos: una llamada **ENSAYOS** y otra denominada **ESTUDIOS**. Sin duda nos faltaba una línea de publicación duradera para el *análisis del momento actual* o de la *coyuntura*, que ahora la iniciamos con este primer número de la serie **COYUNTURAS**.

La producción tan oportuna del excelente trabajo de Pablo Celi - **El Cíclope Ciego. Entre la Globalización Económica y la Mundialización de la Violencia** - nos abre la ocasión de entregar al público ecuatoriano e internacional un análisis de coyuntura con el cual hemos decidido llenar el vacío identificado.

El lector encontrará en este trabajo, la caracterización crítica de la crisis mundial desatada por los atroces atentados violentos contra Nueva York y el Pentágono, del último 11 de septiembre.

Se entenderá porqué su autor, al relacionar las dispersas piezas del nuevo escenario mundial, cualitativamente diverso en este principio de siglo, y los impactos que los últimos acontecimientos vienen generando, sitúa al contexto internacional actual en una encrucijada de alto riesgo, cuando el bastidor desde el cual se la pretende resolver es el de un gigante poder obnubilado por el poder. Los derroteros que Pablo Celi abre con su análisis, sin duda muestran que hay, en una visión integradora de la política mundial de los pueblos, otros senderos que no conducen necesariamente a la guerra.

Rafael Quintero
Director de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas
Universidad Central del Ecuador

CONTENIDO

1. El desplome de una concepción de la seguridad..	12
2. El cultivo de tempestades	16
3. Afganistán: la campaña pírrica sobre objetivos de destino incierto	25
4. Detrás de la guerra como catarsis	30
5. El temporal belicista descarrila la globalización económica.....	35
6. La espiral devastadora de la violencia reaccionaria.....	40
7. La libertad perdida tras un enemigo intangible	44
8. Más allá de la frágil antinomia de una seguridad violenta.....	51

“El infierno es la patria de lo irreal...Es un refugio para quienes huyen del cielo, que es la patria de los amos de la realidad, y para quienes huyen de la tierra, que es la patria de los esclavos de la realidad”. Bernard Shaw

Más allá del hecho atroz, los atentados en los Estados Unidos han precipitado a la política internacional a un derrotero mórbido, por el cual las relaciones internacionales son llevadas a una encrucijada negativa, compleja y peligrosa.

La percepción del contexto del que surgen y sus funestos efectos inmediatos y proyectivos, no debe diluirse en el espectáculo macabro de las imágenes del horror, que ha acompañado agotadoramente a la difusión masiva de interpretaciones unilaterales, simplistas y reductoras, que ahondan las lesiones éticas y culturales dejadas por lo perdido, predisponiéndonos a admitir y contemplar, como naturales e inevitables, acciones más bárbaras todavía.

Es necesario que la superación del acto monstruoso emerja de una visión que lo trascienda, desde una mayor conciencia internacional sobre la dimensión de los conflictos, los riesgos y los reales intereses en juego en el escenario mundial.

Con los símbolos económicos y político-militares afectados ha caído una concepción de la seguridad heredada de la guerra fría, que se ha mantenido y recreado en las inercias de los discursos conservadores, bajo el supuesto del dominio pleno de una forma de economía y organización política indiscutidas y absolutas y el mito de un tipo de so-

ciudad segura en sí misma, frente al desorden, las incertidumbres y las fracturas en el resto del planeta, sobre todo en las regiones más lejanas de los ritmos globalizadores.

La magnitud y el teatro insólito del suceso han hecho evidentes en la percepción política más amplia, los límites del sistema internacional de postguerra, en lo que atañe a sus espacios institucionales, las nociones de equilibrio, los conceptos de seguridad y las formas de hegemonía y dominación que han caracterizado las relaciones interestatales en la segunda mitad del siglo concluido, condicionando profundamente el ambiente internacional para el naciente milenio¹.

Su impacto inconmensurable se proyecta imponiendo nuevas condiciones a la transición inconclusa operada en el sistema internacional con la emergencia de una economía mundial asimétrica e inequitativa y la reestructuración del sistema interestatal por la acción de las naciones en su resurgimiento como sujetos históricos.

Las fronteras de los estados se han derrumbado no solo para la economía, sino para la política y los conflictos

1 CELI Pablo, *Las condiciones globales de la seguridad y las políticas de defensa*. Ponencia presentada en el encuentro REDES del CENTRO HEMISFÉRICO DE ESTUDIOS PARA LA DEFENSA, realizado en Washington en mayo de 2001, en la que se aborda el impacto de las transformaciones políticas y económicas sobre el sistema interestatal y la seguridad mundial. Publicada en la REVISTA DE LAS FUERZAS ARMADAS DEL ECUADOR en su número de septiembre 2001 y en el número 20 de la REVISTA CIENCIAS SOCIALES de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la Universidad Central del Ecuador, en prensa.

internacionales. Bajo una coacción bélica transnacional, los Estados, que han ido perdiendo el control sobre la economía mundial, pueden perderlo también sobre la violencia, que teniendo siempre causas y orígenes particulares, en su despliegue tiene la cualidad de incinerar en una sola hoguera sus orígenes y las devastaciones que acarrea.

1

EL DESPLOME DE UNA CONCEPCIÓN DE LA SEGURIDAD

La seguridad divorciada de una política que la vincule al desarrollo social, que desconoce intereses y los atropella, es una ilusión peligrosa. En su unilateralidad, sus estructuras devienen arbitrarias y a la larga inútiles, terminan rebasadas no solamente por hechos que pretendieron prevenir y evitar, sino sobre todo, por las fuerzas que han sido ignoradas, distorsionadas o desestimadas.

La actual crisis internacional evidencia la debilidad de los equilibrios de seguridad sostenidos desde políticas de alineamientos, posiciones de fuerza, rivalidad y confrontación entre Estados o grupos de Estados.

Esta seguridad desde la fuerza y la amenaza latente, propia de las oposiciones entre potencias, fue trasladada al tercer mundo, subordinando y muchas veces distorsionando los procesos nacionales, étnicos y sociales de comunidades con una frágil estructuración política y profundas contradicciones sociales.

En este tipo de intervención se forjaron los aparatos, métodos y recursos humanos, técnicos y financieros con los cuales se fomentaron e instrumentalizaron, con fines de control o confrontación, las rivalidades étnicas, los antago-

nismos culturales, los fanatismos religiosos, las obsesiones sectarias, los caudillismos autocráticos, la corrupción de las élites y la represión como razón de Estado.

Armar y desarmar a los aliados, según las coyunturas y los alineamientos impuestos desde objetivos ajenos a sus sociedades y dependientes de correlaciones y proyecciones de fuerza mundial, ha resultado no solo un recurso costoso e incierto para la seguridad de las grandes potencias, sino un medio de generación de fuerzas y situaciones violentas sobre diversas regiones, contaminante del escenario político y la seguridad global.

Esta vez se han vuelto contra los propios Estados Unidos, afectando a su Estado, nación, sociedad civil y asolando objetivos insignia de su economía y su poder nacional, los efectos, métodos y recursos de la comercialización tendenciosa de armamentos, el tráfico del terror en el Sur, las guerras localizadas como mecanismos de control, la ideologización de los conflictos internacionales.

Con las Torres Gemelas se desplomó una concepción de la seguridad internacional y estatal basada en el estatus de la fuerza y la confianza en una unipolaridad militar ventajosa, como regente de antagonismos, confrontaciones excluyentes y desconocedoras de lo otro, de lo distinto.

Con ella se desploman también sus escudos defensivos erguidos sobre la confianza en la suficiencia de sus aparatos de control e inteligencia para contener cualquier desequilibrio.

Una concepción de la seguridad como dominación y hegemonía, prefigurada desde aparatos de inteligencia e intervención, no es capaz de enfrentar ni desactivar median-

te acciones militares, recursos de control ni resguardo policial alguno, los factores de riesgo que surgen de la heterogeneidad de intereses, que se tornan amenazas y antagonismos aniquiladores al carecer de espacios de resolución política, atrapados en el callejón sin salida de la exclusión, el desconocimiento o la persecución.

A pesar de los Estados nacionales, la mundialización de las tensiones y la violencia, advierte que la noción de *seguridad nacional* y mucho más su connotación de *poder militar*, han quedado estrechos. La seguridad lo es de todos, colectiva, o no lo es en absoluto. Una potencia hoy no puede dominar el mundo en forma unilateral y exclusiva, tampoco un grupo de Estados, ni siquiera la totalidad de ellos puede hacerlo. No existe potencia invulnerable.

Las relaciones interestatales no abarcan al conjunto de elementos que inciden en los actuales conflictos regionales o mundiales, ni bastan para contener al interior de sus fronteras o someter a sus recursos de poder y acuerdos oficiales a fuerzas que se configuran desde procesos supraestatales, por la trayectoria de las naciones o la acción de factores transnacionales.

Sobrepuestos al mapa político estatal, como constitutivos irrevocables de la actual configuración mundial, intervienen sujetos económicos transnacionales privados, movimientos étnico-culturales multinacionales, corrientes demográficas transfronterizas e incluso *micro fuerzas armadas* diseminadas sobre los tradicionales teatros de operación de los ejércitos estatales, frente a las cuales la seguridad nacional – estatal, de base territorial, devino exigua.

De otro lado, el avance tecnológico, la concentración de la riqueza y el orden democrático de los que ha hecho

gala el mundo industrializado, no lo vuelven invulnerable a los conflictos que surgen del fraccionamiento, la desigualdad y las desproporciones en el escenario internacional, ni a fenómenos desestabilizadores y destructivos propios de los procesos inestables del Sur, muchos de ellos generados desde el desarrollo monopólico, con su política de intervenciones unilaterales y alineamientos arbitrarios en su provecho.

La evolución de los acontecimientos pone en evidencia profundas fracturas internacionales. La pobreza, los desniveles en el desarrollo y las propias diferencias étnico-culturales se manifiestan como antagonismos irreconciliables y exclusiones ciegas de inclinación destructiva, cuando las relaciones interestatales no contienen los fenómenos de descomposición de las viejas estructuras económicas, sociales y políticas, heredadas del atraso, el colonialismo y el intervencionismo.

Como venganza de un pasado insuficientemente superado, irrumpe la violencia internacional en múltiples formas, herencia del traslado mediático del choque entre potencias sobre territorios atrasados, del que provienen muchos de los conflictos nacionales y confrontaciones sociales que han marcado al Asia, al Africa, al mundo árabe e incluso a ciertas regiones de América Latina.

2

EL CULTIVO DE TEMPESTADES

La anunciada, con retórica cruel, como la *primera guerra del nuevo milenio*², que se presenta como consecuencia de los atentados en Nueva York y Washington, en realidad tiene un antecedente en el contexto mundial y regional configurado en torno a la Guerra del Golfo (1991), que sí fue la primera de la *postguerra fría* y un inédito despliegue de la maquinaria militar integrada del mundo industrializado sobre el mundo postcolonial subdesarrollado, fundamentalmente el árabe.

Con la operación “*Tormenta del desierto*”, los Estados Unidos creyeron haber recuperado el liderazgo plenipotenciario en el orden internacional y establecido una condición global de dominio militar unipolar. A partir del desempeño de sus fuerzas armadas en el Golfo, los Estados Unidos, parecieron invertir el descenso de su supremacía económica frente a Europa y Japón y el debilitamiento de

2 Los círculos oficiales de los Estados Unidos, el Pentágono y la CNN encontraron en esta expresión una forma precipitada de internacionalización del impacto de los atentados del 11 de septiembre del 2001.

su rol tutelar en la política de importantes regiones del mundo durante los años que precedieron a la disolución de la URSS y la desintegración del campo socialista.

El predominio de los Estados Unidos, como potencia militar unipolar, se consolidaría mediante el control de las mayores fuentes de aprovisionamiento petrolero y sus condiciones de comercialización internacional y con la imposición a la OTAN de un escenario bélico que la sometía al despliegue mundial de las fuerzas militares norteamericanas, condicionando su reestructuración ante la descomposición del entorno soviético, que dejó al garete estructuras de seguridad fragmentadas y un arsenal nuclear en manos de estados desorientados, caotizados y empobrecidos.

El mundo había sido nuevamente dividido. El desempeño de la economía mundial continuaría cobijado por un entorno de seguridad para los países desarrollados, levantado desde la aproximación de las políticas de defensa y estructuras militares de sus principales Estados, bajo una condición de primacía militar estratégica de los Estados Unidos e interdependencia tecnológica entre sus aparatos militares.

Bajo la hegemonía de los Estados Unidos, el conflicto del Golfo dio forma a una nueva fase en la transición internacional desde un proceso militar que integraba a los ejércitos europeos y sus concepciones militares a una política de dominio regional, sometimiento y control sobre los procesos sociales y políticos del mundo subdesarrollado, como un factor del reordenamiento económico de Europa

y Japón, por su dependencia de los mercados asiático-afri-
canos y del recurso petrolero del mundo árabe³.

Un nuevo dominio se estableció como condición de relación entre la emergencia económica europea y japonesa y la presencia militar global de los Estados Unidos, afirmada en la descomunal fuerza ejercida sobre un país subdesarrollado con amplia desventaja militar. Desde entonces la OTAN ha estado buscando aliados o enemigos a la sombra de las dependencias militares que acompañan a la integración comercial, tecnológica y financiera del mundo industrializado.

En el Golfo, una proyección tardía de la confrontación entre potencias, para entonces imposible con la Unión Soviética en descomposición y China buscando inversiones y mercados, quedó plasmada como confrontación militar entre el mundo desarrollado y el subdesarrollo.

Con una acción bélica de proporciones significativas sobre el tercer mundo, en un escenario con suficiente lejanía económica, social y cultural, para no tocar la globalización en marcha, se estableció la nueva dimensión de la guerra contra la economía y la población: la del despliegue de la superioridad operacional de los ejércitos del mundo desarrollado, sostenida con sus recursos financieros y ventajas tecnológicas, sobre ejércitos rezagados tecnológicamente y estructuralmente dependientes de los mismos sistemas mi-

3 En los países árabes y el resto de Africa se encuentra el 58.38 % de las reservas mundiales de petróleo, mientras que Europa y los Estados Unidos apenas poseen el 7.34 % y el 4.14 % respectivamente. En Asia está un 12.9 % y en América Latina el 11.48 %.

litares que atacan⁴, con tecnología bélica de punta, objetivos civiles, económicos y políticos en sus territorios.

Ejercidas contra el Sur, quedaron legitimadas para el futuro las acciones contra blancos civiles, que desde las postrimerías de la última guerra mundial se vinieron ejecutando bajo la forma de bombas atómicas, bloqueos, incursiones aéreas destructivas, arrasamientos con napalm, armas bacteriológicas, químicas y biológicas.

Tras el triunfalismo norteamericano, quedaron hondamente cuestionadas, durante el decenio final del siglo XX, la normatividad del Derecho Internacional y el rol de las Naciones Unidas, que no pudo ocultar su pérdida de control sobre la guerras de los poderosos, con el simulacro de acciones militares aliadas que oficiosamente concurrieron a legitimar tardíamente los ataques norteamericanos.

La nueva era de dominio y supremacía se levantaba a costa del mundo árabe. La destrucción de Irak holló el suelo de la cultura, la dignidad nacional y la tradición histórica de los pueblos musulmanes.

Desde Bagdad en ruinas, la mirada severa de los musulmanes atraviesa el dilatado horizonte de un enfrentamiento inconcluso que condenó al rencor y la desconfianza sus relaciones con los Estados Unidos y ahora se desplie-

4 Ante el riesgo de la irradiación de la revolución islámica desde Irán, el ejército de Irak recibió asistencia, información, apoyo logístico y armamento de procedencia francesa, rusa, inglesa y norteamericana, así como recursos financieros de los países petroleros del Golfo Pérsico, fundamentalmente Kuwait y Arabia Saudita.

ga como telón siniestro sobre los escombros de Manhattan y el dolor impotente de la sociedad norteamericana, entonces inconsciente de que su propia seguridad había sido sacrificada a la nueva distribución de fuerzas mundial, en la que su país parecía haber ganado una irreversible ventaja.

El aniquilamiento militar y la destrucción económica del Irak en *La madre de las batallas*⁵, es en rigor el inicio de otras formas de conflicto a nivel internacional y regional, en una nueva etapa en las relaciones políticas internacionales, escoltada por la alianza de la distribución planetaria de una globalización económica desigual con la integración de los aparatos militares de la OTAN, bajo la perspectiva estratégica del ejército de los Estados Unidos.

Los países árabes, sin exclusión de los aliados de los Estados Unidos, se vieron obligados a asumir el costo económico y social de esta guerra, inevitablemente condenados a ser los destinatarios de un material bélico que nunca regresó a los Estados Unidos y su empleo destructivo en los posteriores escenarios de enfrentamientos inconclusos y en

5 En la Guerra del Golfo se movilizaron 750.000 soldados, de los cuales 500.000 eran de los Estados Unidos. Como resultado de la 115.000 incursiones aéreas y misilísticas, a un promedio de 2.500 diarias, Irak sufrió, además de sus 30.000 muertos y cerca de 60.000 heridos, la destrucción de su infraestructura de comunicaciones, industrial y defensiva. En lo militar, el Irak perdió 3.000 tanques, 2.000 blindados, 135 aviones y cerca de 2.000 baterías de artillería. Estados Unidos tuvo que instalar urgentemente baterías antimisiles Patriot, para proteger a Israel y Arabia Saudita de los 71 ataques misilísticos del Irak, en las pocas acciones de respuesta que su ejército pudo tener frente a los bombardeos norteamericanos.

los nuevos conflictos que surgían como consecuencia de la paz violenta que se había impuesto.

Las rupturas producidas dentro del mundo árabe agredido y sujeto a subordinaciones políticas y económicas de élites mercantiles⁶ desentendidas de sus realidades sociales y nacionales, continuarían como factores de inestabilidad en toda la región y, desde allí, como detonante de futuras conmociones en otras regiones del mundo hasta donde llegaría la violencia como frontera común.

La unidad del mundo árabe, sus procesos de identidad nacional y la posterior orientación de sus conflictos desbordaría las limitadas funciones de Estados subordinados. Ni Kuwait, Arabia Saudita o los Emiratos árabes y su rol en la protección de las inversiones petroleras y el control de las operaciones de la OPEP; ni Israel, como avanzada militar agresiva de la supremacía norteamericana en Medio Oriente, podrían garantizar en los años venideros un equilibrio que integre los diversos procesos que configuran al mundo árabe.

6 El diario norteamericano *The Wall Street Journal* Américas, en edición recogida por el diario *El Comercio*, el 27 de septiembre de 2001, bajo el título de *Los buenos vínculos de los Bin Laden*, destaca los lazos que ligan a la familia real de Arabia Saudita, sus millonarios amigos, los Bin Laden, y representativas personalidades del Partido Republicano de los Estados Unidos, incluido el padre del actual Presidente Bush, en negocios financieros, bancarios, contratos de construcción de aeródromos y campamentos militares, telecomunicaciones e industria aeronáutica, a través de empresas del Carlyle Group y su fondo Asian Partners.

La percepción de unos Estados Unidos enemigos del mundo árabe creció concomitantemente con su empeño en reducir la significación regional e internacional de las disidencias, muchas de ellas encubiertas bajo el manto de los fundamentalismos, más allá de los acomodos de las élites y el servilismo de sus aliados oficiales.

Agrupados bajo el Islam, amplios sectores sociales y políticos en los pueblos musulmanes denunciaron el desconocimiento de sus intereses por los Estados Unidos, llegando a atribuirle responsabilidad en el recrudecimiento de la violencia antipalestina en el Oriente Medio, la complicidad con potencias europeas en el desentendimiento tolerante frente al genocidio y las guerras interétnicas en el África Subsahariana, el acicateo de los enfrentamientos étnico-religiosos que atravesaban al mundo islámico⁷ y el ensañamiento opresivo y destructor sobre Irak.

Las fuerzas norteamericanas comenzaron a ser dañadas donde podían ser alcanzadas por una rebeldía insurgente herida, dispersa, carente de objetivos, fanatizada tras el rostro maldito, con el que se encandilaron los aparatos de

7 Las luchas entre comunidades sunitas y chiítas al interior de los países musulmanes fue durante la guerra fría uno de los escenarios para intervención en esos países en pos de un alineamiento político y la promoción de balances de fuerza violentos en una región sobre la que se proyectaban intereses de aprovechamiento de recursos petroleros o cálculos geopolíticos de bloques. Su manifestación mayor fue la Guerra Irán-Irak, de cuyas desolaciones se erigió el fundamentalismo del clero chiíta iraní y los enfrentamientos de kurdos, chiítas e irakíes, que dejaron más de 8.000 muertos en la postguerra del Golfo.

inteligencia militar y policial de occidente, habituados a reducirlo todo al *terrorismo*, como fenómeno aislado, autogenerado y proscrito por sí solo, sin poder evitar que convoyes de soldados norteamericanos sean despedazados en Somalia y Arabia Saudita o sus embajadas destruidas en Tanzania y Kenya.

El problema fundamental está en torno al destino histórico de la nación árabe. La desproporción militar no suplanta la existencia nacional de los pueblos. Los árabes lo han aprendido en diversos momentos de su tormentosa historia contemporánea: entre los palestinos, que con su territorio ocupado, desconocidos y sin Estado, han consolidado sus posiciones y madurado en la construcción de su comunidad y sus instituciones en medio de la agresión constante; o en Irak, donde tras un estado árabe militarmente derrotado, no se puede ver un pueblo vencido histórica ni políticamente, cuya conciencia y voluntad nacional no fueron erradicadas con el aniquilamiento económico y militar de su Estado. La desproporción militar no es capaz de suplantar la existencia de las naciones, que como la naturaleza, terminan recreándose.

Desde el Golfo Pérsico los árabes han vivido el proceso de su unidad nacional, no solo desde las ideologías de clase, sino desde posiciones religiosas y formas de pensamiento ancestrales, que hicieron del Islam el pensamiento que los unifica, y que, en coyunturas críticas en su relación con occidente, ha cumplido más allá de la díscola aproximación y distancia entre los chiítas y los sunitas, una función de identidad étnico-cultural y cohesión política de fuerzas nacionales de resistencia al desconocimiento o la subordinación a las hegemonías resueltas más allá de sus sociedades.

La redivisión política y económica del mundo, tras la confirmación de su redistribución militar, manifiesta en el Golfo, pesaría sobre la dispersión y reubicación de los países árabes, condicionando las alianzas y el ordenamiento de las fuerzas en el que se han desenvuelto los conflictos en la amplia gama de Estados postcoloniales de Asia y Africa, sin que las diferencias entre el norte opulento y avasallador y el sur paupérrimo y dependiente, hayan podido superar su explosiva confrontación.

En ese contexto, las tensiones y hechos violentos relacionados con fuerzas establecidas en regiones en conflicto de Asia, Africa y Medio Oriente, sólo pueden ser entendidos desde el reconocimiento de que sus intereses ya no se remontan solamente a una historia, una cultura y una contradictoria trayectoria de configuración estatal, sino a la experiencia de su enfrentamiento con una nueva asociación internacional de fuerzas en el mundo del desarrollo, dispuesta a apoyar, desde una moral que parece reeditar el culturalismo colonial de occidente, cualquier mecanismo que decida aplicar Estados Unidos, como fuerza militar omnímoda.

Si en la Guerra del Golfo emergió la redistribución político-militar del poder en el mundo desarrollado, realizada sobre el territorio de los subdesarrollados en la postguerra fría, en esta nueva guerra, su heredera, carente de escenario y enemigo precisos, se expresan las incertidumbres de una transición de dimensión global, que se proyecta sobre escenarios regionales estatalmente fraccionados en unidades políticas con diverso grado de integración social y étnico-cultural, tensionados por una inserción desigual en el proceso abarcante de una economía mundial asimétrica y la ausencia de una política que los contenga.

3

AFGANISTÁN: LA CAMPAÑA PÍRRICA SOBRE OBJETIVOS DE DESTINO INCIERTO

Ahora, como objetivo inmediato, el ejército norteamericano se despliega sobre una región explosiva, donde comunidades de pastores, agricultores y artesanos se transfiguran todos los días en combatientes fanatizados que deambulan sobre un subsuelo cargado de recursos mineros: carbón, cromo, gas natural, hierro y sobre todo el preciado petróleo, inaccesibles en medio de los conflictos políticos y enfrentamientos armados que ocupan por décadas la vida de su población.

La maquinaria militar norteamericana apunta sobre un país colapsado, de 25 millones de habitantes, con alta densidad poblacional (37 h/km²); que sobrevive como segundo productor de opio en el mundo, con una población miserable, azotada por las sequías y las epidemias; con un analfabetismo del 70%, una esperanza de vida no superior a los 45 años; 5,5 millones de refugiados, una cuarta parte de su población, dispersos por la región y otros países musulmanes; con más de 3 millones de afganos dependiendo de la ayuda internacional para alimentarse; 28 mil niños viviendo en las calles de Kabul, recogiendo madera y basura, y donde dos de cada tres de niños han perdido a alguien

durante las guerras civiles y todos esperan morir de forma violenta.

Descomponiendo, aún más, el ambiente de una sociedad hacinada pesan sobre ella las sanciones impuestas por el Consejo de Seguridad de la Naciones Unidas, que incluyen junto al embargo de armas, el embargo aéreo, el congelamiento de cuentas de los talibán en el extranjero, la restricción a la venta de sustancias químicas utilizadas para fabricar heroína a partir de amapolas - que es una de las principales exportaciones afganas - y el cierre de las oficinas de la aerolínea afgana, Ariana, en el exterior.

Estas sanciones se sumaron a las ejercidas por los propios Estados Unidos, tras la resistencia de los talibán a entregar a Bin Laden luego de los atentados contra las embajadas norteamericanas en Tanzania y Kenya en 1998, cuando prohibieron el comercio e inversiones estadounidenses con Afganistán y el uso de la aerolínea Ariana por parte de ciudadanos estadounidenses, e incautaron los bienes de esa empresa en Estados Unidos por un valor de 500 millones de dólares.

La devastada estructura de la sociedad afgana, con cuyo sufrimiento y destrucción han colaborado muchas fuerzas estatales y políticas, no puede ser reconstruida mediante la violencia y, con la guerra, sólo podría ser aniquilada y llevada a sobrevivir en las cuevas de una existencia prehistórica, peor aún que el oscurantismo que hoy la asfixia.

Afganistán ha sido un territorio históricamente condenado a ser un *estado tapón*, enclavado entre intereses contrapuestos sobre el océano Índico y las regiones petro-

leras de Asia Central y el Golfo Pérsico. Su diversidad étnica y cultural es la expresión de constantes migraciones y de su condición de paso obligado hacia la India, el Asia Central y hacia Europa por el Mar Caspio. Raíces chinas, indias, griegas, romanas, persas y mongolas se conservan en los antiguos vestigios multiculturales que aún permanecen en su territorio, a pesar de su cruenta historia.

Afganistán, sometido ancestralmente a las pretensiones rusas en el Asia Central y el Océano Indico, que han atravesado gran parte de su historia, fue punto de choque con el imperio inglés en su despliegue colonial en torno a la India durante el siglo XIX, que diera lugar a tres guerras anglo-afganas en casi un siglo. Desde 1919, cuando se constituyó como estado independiente, ha vivido violentas luchas civiles, de clanes, étnicas y religiosas, y hoy mantiene fronteras, muchas de ellas inestables, con seis estados: Pakistán, Tajikistán, Irán, Turkmenistán, Uzbekistán y China, cuyos respectivos intereses y conflictos se han proyectado en forma constante sobre los procesos políticos de la sociedad afgana.

Su historia contemporánea es la de un país destrozado por décadas de conflictos, que incluyeron, en la segunda mitad del siglo XX, los impuestos por la guerra fría⁸, con la intervención de milicias armadas de diversa procedencia, sostenidas desde Estados Unidos, Reino Unido, China y Pa-

8 El propio embajador norteamericano en Afganistán fue muerto en 1979, en condición de rehén de estos conflictos, en manos de milicias musulmanas opositoras al gobierno comunista de entonces, después de lo cual los Estados Unidos proclamaron una reducción de su asistencia militar a los grupos insurgentes.

kistán, y la asistencia militar y posterior presencia de diez años del ejército soviético, desde 1979, en apoyo a los regímenes comunistas que se extinguieron entre 1986 y 1992, sucedidos por guerras civiles entre facciones armadas de grupos musulmanes o fundamentalistas islámicos por el predominio étnico. No es sino hasta 1998, cuando las milicias integristas de los talibán se convirtieron en la fuerza dominante, controlando el 90% del país en un enfrentamiento inconcluso con una violenta oposición reunida en la Alianza del Norte que mantiene posiciones ofensivas desde el resto del territorio.

En una sociedad de población musulmana, mayoritariamente sunita (85%), los talibán proceden de la etnia *pashtú*, que es la de mayor población (40%), originaria del sur Afganistán y el norte Pakistán, cuya frontera muchos de ellos no reconocen que exista. La oposición, agrupada en la denominada Alianza del Norte, está compuesta de minorías étnicas y religiosas, incluyendo musulmanes chiitas, hazaras, tadjikos, uzbekos, turkemenos y balochis.

Los talibán constituyen una jerarquía recalcitrante, en la que no puede verse una representación plena del mundo árabe. En su teocracia se funden dos corrientes ortodoxas del Islam: la *wahabita*, proveniente de Arabia Saudita y la radical *deobandi*, dominante en las madrassas - o escuelas coránicas - de Pakistán.

Su ascenso y progresivo control del país, impulsando políticas de identidad musulmana “pura”, fue posible con el apoyo de Pakistán, Arabia Saudita y los propios Estados Unidos, que invirtió seis mil millones de dólares estimulando las acciones de grupos armados, entre ellas las de las mi-

licias integristas agrupadas en torno a Bin Laden⁹, en medio de una guerra de facciones que destruyó la mayor parte de la escasa infraestructura urbana de Kabul y el 60% del aparato productivo.

En los últimos años, los servicios de seguridad de los Estados Unidos vieron en el Afganistán un refugio y un campo de entrenamiento de grupos terroristas, sin embargo, se trata de una región mucho más compleja, en cuyas grietas se esconden más que agrupaciones o individuos, intereses contrapuestos de proyección regional y global, a cuya intervención obedece el destino incierto de este atormentado país.

9 Si para los talibanes, Bin Laden es un veterano de la guerra santa contra la ocupación soviética entre 1979 y 1989, para los americanos es también un veterano colaborador de la CIA, que lo entrenó cuando fundó el movimiento multinacional Maktab al-Khidimat (MAK), que reunía una milicia de más de 10.000 hombres, para sostener a la resistencia afgana contra el ejército soviético. Después de la retirada soviética y tras la presencia de tropas norteamericanas en Arabia Saudita durante la Guerra del Golfo, su orientación fue contra los Estados Unidos y sus aliados en Medio Oriente, cuando la guerra santa encontró un fundamento terrenal para su continuidad, ya no en el anticomunismo, sino en el desagravio por el allanamiento del suelo musulmán por parte de sus antiguos aliados. La fascinación que ejerce sobre sectores musulmanes ha sido estimulada por la identificación de los Estados Unidos como una potencia violenta y enemiga de sus naciones, agravada cuando en su persecución los Estados Unidos ya bombardearon Afganistán y Sudán en 1998.

4

**DETRÁS DE LA GUERRA
COMO CATARSIS**

Toda guerra es simplificadora frente a la historia, reduce los intereses opuestos a fuerzas contendientes y éstas a maquinarias militares, encubriendo la trama social, económica y política de los conflictos. Enfrentados en el terreno de la fuerza y el poderío militar, los Estados y, lo que es peor, las sociedades e incluso las culturas caen presas de razones excluyentes, en la exaltación unilateral de lo propio y la desvalorización inculpatoria del opuesto.

Sin aprender del pasado, Estados Unidos se apresta a una acción militar ciega en una zona compleja y explosiva, desde la cual puede irradiar un conflicto directo sobre tres continentes: Europa, Asia y Africa, llevando a una balcanización de la región y a sí mismos al peor de sus Vietnams.

Estados Unidos, que ha venido impulsando la globalización de la economía, ahora convoca a las potencias industrializadas, a Estados subdesarrollados agobiados por la deuda ascendente y crisis económicas, a países rotos por guerras civiles, a poblaciones desesperadas por el hambre, a una mundialización de la violencia.

El desplazamiento del aparato militar norteamericano sobre el Océano Indico y países del Asia Central, y la

aproximación de las estructuras de seguridad de la OTAN a las costas del mar Caspio crean una enorme tensión sobre los países del área: Turquía, Irán, Irak, Siria, Georgia, Rusia, Uzbekistán, Turkmenistán; en una zona vigilada por las potencias regionales, Rusia y China, en torno a la cual Rusia, Armenia, Bielorrusia, Kazajstán, Kirguizistán y Tayikistán mantienen un acuerdo de cooperación militar, dentro del Tratado de Seguridad Colectiva, inicialmente orientado contra acciones terroristas del extremismo islámico y su asistencia a guerrilleros islámicos en Chechenia y Tayikistán.

En este contexto, el antiterrorismo colectivo que se proclama ya no es sólo la mascarada de una reacción impotente, bien puede ser la muletilla de diversos proyectos de seguridad y acción de fuerza, que se han mantenido latentes desde la descomposición de los bloques ideológicos de la guerra fría y que hoy actúan sin un referente universal, sujetos a sus propios apetitos, cálculos y acomodos inmediatos, y que concurren en el nuevo escenario, protegidos por la desorientación de una potencia herida y la intangibilidad del enemigo en torno al cual se dan cita desde ambiguas coincidencias.

Las murallas que las trompetas de la guerra llaman a derrumbar, no son las mismas para todos los Estados que concurren a una *cruzada antiterrorista* que sirve para casi todo: para lograr supremacías regionales, imponer soluciones a guerras civiles y conflictos internos, lograr auxilios coyunturales a sus crisis económicas y desahogar endeudamientos, asaltar reservas estratégicas de petróleo, restaurar la hegemonías perdidas, irradiar el control de alianzas militares hacia confines más amplios y lejanos, asegurar presencias y liderazgos sobre el mundo que vendrá después.

Esta nueva guerra sobre territorios deprimidos, favorece una mayor integración militar de las potencias industriales, amarrando la balsa de la seguridad militar del mundo desarrollado frente a las fracturas de la economía mundial y la globalización y las amenazas de las conflictivas regiones subdesarrolladas del planeta. En una coalición que se proclama multilateral, todos quieren ser bilaterales en sus vínculos con los Estados Unidos, la potencia que irradia poder armado.

La Unión Europea da continuidad a las funciones de control regional que se esforzó por asegurar en los Balcanes¹⁰. Rusia, puede integrarse a la seguridad europea sin renunciar a su proyección sobre los pequeños Estados del Asia Central y el propio Afganistán que ha tutelado en sus afanes hacia el mar Indico, al tiempo que afirma su entorno regional frente a China. Japón, depurado por la industrialización y la tecnología, como potencia económica encuentra la ocasión de recuperar un espacio de participación en la comunidad militar del nuevo siglo.

Los países exsoviéticos de Ucrania, Turkmenistán, Uzbekistán, Tayikistán quisieran participar de la suerte de Pakistán, con sus tradicionales vínculos con los Estados

10 Su rol como componente regional, funcional a esta nueva integración militar, desde las estructuras de la OTAN, se confirmó en su despliegue durante la Guerra de los Balcanes, sobre un escenario europeo sumamente inestable, atravesado por conflictos nacionalistas y étnico-culturales, que arrastran a bosnios, croatas, serbios, macedonios, eslovenos, trucos y búlgaros, muy ligados a la historia de conflictos bélicos del sistema interestatal europeo en las dos guerras mundiales y a la descomposición de los espacios estatales de estos países en la postguerra fría.

Unidos y cuya situación geográfica le ha permitido lograr, sin perjuicio de su emulación con la India en pos del dominio nuclear en la región, el levantamiento de sanciones y la reestructuración de su deuda, a cambio de favores político-militares, puesto que la violencia de la guerra somete a las finanzas y demuestra que la deuda puede ser política,

En Oriente, el seudo Estado de Kuwait, los Estados petroleros de Arabia Saudita y los Emiratos Árabes aseguran sus negocios, mientras Israel es reconducida a una tregua que protege la retaguardia en el frente árabe.

América Latina, no deja de entrar en la guerra. Perú y Colombia, están bajo sospecha, las FARC y el ELN son trasladados de la equívoca categoría de *narcoguerrilleros* a la, aún más aberrante, de *eslabones de redes terroristas internacionales*, con lo cual, el Plan Colombia puede integrarse también a las acciones de alcance global, mientras países como Argentina invocan un sistema hemisférico que los ignoró en las Malvinas y los servicios de inteligencia remozan las funciones de la vieja seguridad represiva, bajo la lupa de la CIA y el FBI.

En estas condiciones, una guerra que aún no se sabe contra quien se inicia y que surge en lo inmediato de la reacción catártica de Estados confundidos y atemorizados, difícilmente puede prever su evolución ni su fin.

Si un efecto de la guerra del Golfo, cuyas nefastas consecuencias hoy se sienten, fueron las rupturas en el mundo árabe y su explosiva trayectoria de los últimos años, de la actual guerra sin destino, ni objetivo ni enemigo ciertos, bien pueden surgir las grandes rupturas en un equilibrio internacional precario, sin un sistema de seguridad co-

lectivo y sujeto a la ambivalencia de políticas que carecen de identidad histórica, forjadas desde Estados en los que existen intereses heterogéneos.

La escalada bélica que se ha iniciado, aún si no llegase a niveles de enfrentamiento tan grandes como los que dieron lugar a las dos Guerras Mundiales, se levanta como una condición de violencia permanente que somete al ambiente internacional a una situación de *paz armada*, y gravita en forma peligrosa sobre la política exterior de Estados mas bien necesitados de un restablecimiento en su salud política y moral, imposible de lograr *manu militari*.

5

EL TEMPORAL BELICISTA DESCARRILA LA GLOBALIZACIÓN ECONÓMICA

Los Estados Unidos que ya venían entrando en una fase de desaceleración de su economía¹¹, ahora la ven precipitarse hacia una recesión, por los efectos nefastos de los atentados, en términos de quiebras empresariales, despidos, desocupación, paro, contracción del mercado.

Con la magnitud de la catástrofe en el centro de negocios internacionales, los Estados Unidos viven una situación en la que su economía ha sido tocada por la violencia social y podría llegarlo a estar por la guerra.

Las desesperadas acciones del Estado Norteamericano por contener los efectos económicos del desastre, mediante la concurrencia de recursos financieros y medidas de la Reserva Federal sobre las tasas de interés, la inyección presupuestaria del Congreso, la movilización de inversiones, subsidios y medidas de fomento no logran detener el

11 Durante el año 2001 se ha mantenido la tendencia a la desaceleración de la economía norteamericana iniciada durante el segundo semestre del año 2000.

derrumbe del mercado de valores y la crisis recesiva de la economía herida por la violencia.

El complejo militar industrial es requerido para re-flotar la economía, o al menos los deprimidos índices de Wall Street. “*Estamos en guerra, una guerra que ganaremos*”, ha dicho Bush, exigiendo fondos y confianza. Hay que invertir en la defensa. El Congreso ha respondido con 344 millones de dólares.

La inversión en la defensa aparece no solo como una necesidad impuesta por las urgencias de la seguridad nacional sorprendida, sino también como demanda coyuntural de una economía paralizada, sin otro estímulo inmediato que la reanime del shock que ha sufrido su mercado.

Parece que tampoco en este aspecto los líderes republicanos aprendieron las lecciones del período de reacción conservadora, cuando Reagan recurrió a la industria de armamentos y sus negocios internacionales para re-flotar coyunturalmente a la economía norteamericana, militarización de la economía con la cual Estados Unidos terminó no solamente envuelto en las más diversas y conflictivas confrontaciones regionales, sino con la mayor recesión y déficit fiscal de su historia.

Si el Estado Norteamericano no ha podido contener los efectos económicos de un atentado localizado en la infraestructura burocrática de los negocios, difícilmente podrá controlar, con medidas fiscales o monetarias, los efectos de largo plazo que tienen para la salud de la economía norteamericana y sobre sus mercados y los de sus más importantes aliados, el despliegue de recursos de una campaña militar extracontinental y los efectos de una guerra, inevitablemente multinacional, en las intermediaciones de las

mayores fuentes de aprovisionamiento petrolero de la economía industrial.

La situación de economía de guerra a la que son arrastrados los Estados Unidos, en mucho por la forma de manejo político–militar de la situación, induce y anticipa la primera gran crisis de la globalización incruenta de la economía mundial. Esta vez los ejércitos no podrán funcionar como aliados de una economía, cuyo crecimiento se ha sostenido sobre una sensible y volátil base especulativa carente de controles oficiales.

El ritmo integrador de la globalización económica se paraliza, afectado por el desempeño de ejércitos que no abren mercados ni aproximan sistemas productivos, sino que responden a las formas que adopte la hegemonía política y militar en marcha.

El terrorismo y la campaña que lo persigue, han desatado el tremendismo económico. Las previsiones de los organismos multilaterales de crédito, el FMI, el Banco Mundial, la gran banca de inversión y los aparatos financieros internacionales, ya hablan del *Efecto Torres Gemelas* sobre una economía mundial que se ha venido desacelerando¹², hacia la que podrían irradiarse corrientes recesivas.

La actual economía mundial, transnacionalizada sobre una base privada, reacciona frente al desastre extraeconómico, abandonando los núcleos del conflicto político o

12 Las proyecciones del Fondo Monetario Internacional acerca del crecimiento de la economía mundial durante el 2001 han sido reducidas del 3,2% al 2,6%, manteniéndose una tendencia reductora de un 3,9% a un 3,5% para el año 2002.

militar, se protege en una multipolar estructura de mercados extraterritoriales. Se desplaza hacia regiones más apacibles para las ganancias, más estables, menos riesgosas, abandona a la política y a la seguridad militar a sus propios riesgos.

Las inversiones de capital se subordinan a una transnacionalización sobre mercados seguros, colocando a los Estados Unidos ante la implacable noción de “*riesgo país*”, que ahora apunta a la fragilidad de una economía industrializada y de amplio espectro comercial, subordinada al compromiso de las finanzas con la guerra.

En esta ocasión, los efectos económicos de la crisis sobre el mundo subdesarrollado no se reducirán a la destrucción de las economías atrasadas directamente involucradas en el teatro de operaciones militares, que nuevamente deberán asumir los costos de la reconstrucción de su ya exigua infraestructura después del conflicto, ni a las consecuencias presupuestarias sobre los Estados asociados a la movilización armada.

Esta crisis en la economía del dólar, descarrila la globalización, arrastrando a los mercados dependientes¹³. El

13 América Latina, tan próxima a la economía y la política de la potencia desestabilizada, verá afectado su crecimiento, que el FMI lo ubica en un 1,7% para el presente año; el mercado para sus productos se contrae, mientras las inversiones se alejan hacia zonas de menor riesgo y mayor rendimiento. En el caso de Ecuador, que ya ha visto entrar en una fase crítica a su sector exportador, mayoritariamente ligado al mercado norteamericano, con la inestabilidad y pérdida de valor del dólar como moneda internacional, deberá enfrentar un agravamiento en los efectos negativos de la pérdida de soberanía monetaria a la que fue sometido.

tratamiento de la deuda se dilata. La recuperación de las economías rezagadas no es una prioridad. La distancia económica entre el norte y el sur se profundiza y su brecha en la tecnología se ahonda bajo condiciones impuestas por su utilización militar.

6

LA ESPIRAL DEVASTADORA DE LA VIOLENCIA REACCIONARIA

La denominación de terrorismo en las condiciones de confrontación internacional es muy ambigua y está sujeta a interpretaciones en función no solo a los métodos de destrucción sino a los objetivos e intereses a los que sirve.

Muchas veces la historia tuvo giros perturbadores por acciones denominadas *terroristas*, demostrando que hay causas y consecuencias que rebasan la estrecha visión del fenómeno como un delito por actos de violencia contra la seguridad y el orden público. Actos de esta naturaleza precedieron a dos guerras mundiales¹⁴.

14 En 1914, el asesinato en Sarajevo del Archiduque Fernando, heredero del Imperio Austro – húngaro, en el contexto de las luchas nacionalistas contra el imperio de los Habsburgo, desató las acciones bélicas de represalia austro-húngara contra Serbia, que rápidamente arrastrarían varios países europeos y finalmente a Estados Unidos a la Primera Guerra mundial. Otro atentado terrorista, el incendio del Reichstag en 1933, sirvió a la consolidación del nazismo en ascenso en Alemania, que terminaría desatando la Segunda Guerra mundial.

Aún no sabemos la dimensión de la guerra que se levanta desde las ruinas del World Trade Center y el Pentágono, mientras la superpotencia que la lidera anuncia será larga en su duración, inédita por su alcance, costosa por los recursos que moviliza y múltiple por sus métodos, acciones y objetivos. Podríamos añadir que tiene el riesgo de llegar a ser progresiva, indiscriminada y global.

Inevitablemente insertos en el escenario de las grandes desigualdades mundiales, como un aspecto sórdido de la confrontación entre desarrollo y subdesarrollo, sus consecuencias y productos violentos, los atentados también simbolizan el daño que el atraso y la opresión sobre el Sur pueden infringir a la opulencia y el orden del Norte, en el contexto de los efectos de inconclusos y desiguales enfrentamientos, como el que se desató en el Golfo Pérsico.

La manifestación terrorista de este enfrentamiento entre regiones de la economía, la política y el desarrollo mundial, oculta las raíces económicas, sociales y políticas del escenario violento que ha atravesado al Medio Oriente, Países Arabes y Africa, como resultado de la descomposición del colonialismo y la constante intervención neocolonial de la que han sido objeto en la última parte del siglo veinte.

El terrorismo, en cuya persecución pelagra la paz mundial, es un monstruo gestado en las condiciones ideológicas, políticas y militares de la guerra fría. Expresión resultante de las viejas políticas de intervención que echaron mano de grupos disociadores y agresivos, articulándolos al mecanismo y los métodos propios de posiciones violentas en las relaciones internacionales, desde las cuales los asistieron financiera, técnica, ideológica y militarmente.

Este tipo de terrorismo, al apelar a acciones destructivas, de cualquier magnitud y más aún de alcance masivo, distorsiona la trascendencia y naturaleza de la Causa Árabe, favoreciendo una errática visión que identifica al mundo y la cultura árabes con la violencia y la barbarie, con lo que coadyuva a consolidar un ambiente internacional belicista, xenófobo y antiárabe.

El arquetipo del terrorismo es ciego y enceguedor. Sus acciones brindan justificación para políticas agresivas y favorece la integración de aparatos de control internacional bajo una perspectiva de seguridad intervencionista, con lo cual se reproduce en sus contrarios.

En condiciones de una época en la cual, la violencia de los estados militarmente poderosos ha llevado la guerra contra la economía y las poblaciones, las acciones de destrucción, bajo la forma de ataques contra la infraestructura con víctimas civiles, parecen replicar los métodos de operaciones militares, altamente destructivas, llevadas a cabo por acción de ejércitos regulares, sobre territorios desprotegidos o con defensas militares exiguas.

La guerra, por sobre los Estados, se ha privatizado en las acciones bélicas de fuerzas supraestatales. Las expresiones desinstitucionalizadas de la transnacionalización de la violencia contemporánea, llevan lo bélico más allá de sus formas tradicionales y convierten al terrorismo en una herramienta de un tipo de guerra no convencional.

Frente a la magnitud de la destrucción posible, las distancias tecnológicas para producirla son relativas. Un avión puede cumplir una misión tan devastadora como un misil. Los escudos espaciales resultan inútiles cuando las

acciones destructivas son llevadas al propio territorio y con recursos del propio país afectado. Las armas de la destrucción pueden estar en las entrañas de los potenciales objetivos. No hay escudo de seguridad absoluto.

El monopolio o la supremacía en el control de tecnología militar de alto potencial destructivo y daño masivo, armas nucleares y misiles de largo alcance, no defiende, protege ni disuade. Entre la ofensiva y la contraofensiva, entre la acción y la reacción, van creciendo y multiplicándose las dimensiones destructivas de la respuesta, imposible de localizar y mantener en un escenario definido.

Bajo un ambiente de confrontación internacional y acciones militares de escala transcontinental, los actos de terrorismo pueden ser desarrollados como un recurso permanente y progresivo, como parte de acciones de respuesta bélica en el futuro, estimulados por una confrontación que involucre expansivamente a varios estados. En estas condiciones una respuesta violenta es un eslabón en una escalada de violencia en espiral ascendente.

En un escenario de hostilidad internacional, amenazas y confrontación, el rostro proscrito puede convertirse en el anónimo y masivo rostro de la resistencia y las acciones necias de élites de terror, parásitos de los grandes aparatos belicistas, puede alimentar aberrantes y desesperadas expectativas en torno a la eficacia del terror como método de acción política, frustrando la perspectiva de nuevos procesos de conciencia, organización y desarrollo de los pueblos postergados, del lado preterido de la humanidad, que es el mayoritario.

7

**LA LIBERTAD PERDIDA TRAS
UN ENEMIGO INTANGIBLE**

De la desconcertada percepción inicial de los “*Estados Unidos bajo ataque*”, precipitadamente se pasó a la reacción ofensiva de la “*Guerra contra el terrorismo*”, presentado como la nueva y mayor amenaza internacional, fuerza irregular desbordada, sin localización precisa, necesario enemigo externo de todas las sociedades amigas de los Estados Unidos, en una progresión ofensiva que ha llegado al “*contra ellos o contra nosotros*”, en una frenética cacería de la maldad que no hace diferencias entre Estados, organizaciones, individuos, pueblos o naciones, en todo el mundo.

El gobierno norteamericano presenta un enemigo que distorsiona las causas del ataque, induciendo adhesiones y alianzas unilaterales, excluyentes y agresivas. Este tipo de colusión, como la mantenida con Israel, sólo ha conducido a un reiterado desconocimiento y un sórdido antagonismo con el mundo árabe, empujando a la oposición arbitraria entre un Occidente civilizado y un Oriente bárbaro, figura ideológica de la que se ha nutrido una cultura de violencia, en torno a la cual han proliferado las mayores atrocidades: los genocidios, el apartheid, la xenofobia, las

masacres étnicas, el terrorismo, los desafíos fundamentalistas.

En lugar de reconocer el contexto que genera la nueva violencia internacional, la búsqueda de un culpable en quien realizar una catártica venganza de Estado, como un triunfo del orden sobre la anarquía, del bien sobre el mal, es tan fundamentalista y fanática como los llamados a la lealtad ciega en nombre de los cuales se diferencian los fieles de los infieles en las guerras santas.

La operación “Justicia Infinita” corre el riesgo de extender hasta el infinito la presunción de culpa y la sospecha, al mundo entero, y desatar una guerra sin límites ni destino, en la que también pueden ser infinitos los Estados, los pueblos y las comunidades sociales afectados por la reacción de una potencia herida en su orgullo nacional y su moral social, poseedora de una maquinaria militar descomunal y carente de controles colectivos internacionales.

El traslado semántico de la *Justicia Infinita* a la *Libertad duradera*, con la que ha pasado a denominarse la campaña mundial contra el terrorismo, no cambia la naturaleza de esta *Guerra del talión*, con la cual, en un ojo por ojo que enceguecería a la humanidad toda, se diseminan por el mundo las lesiones a la libertad, con una sucesión de guerras que no son ni *justas* ni *santas*, de las que lo único duradero será la destrucción de sociedades, economías y culturas.

La asociación concurrente para la agresión o las intervenciones en la política de otros estados, promovidas como *guerra contra el terrorismo*, confunde la seguridad mun-

dial con el control internacional, con la dominación internacional, identificando la seguridad con una mutual supraestatal de inteligencia y policía, en la búsqueda de infractores, sospechosos, subversivos enfrentados a un orden incuestionable.

No se trata de recaer, con “rabia” y prepotencia en una concepción de la seguridad ruinosa y destructiva. Es necesario que EEUU y quienes se han sumado apurada y acriticamente, revisen su política internacional y sus concepciones de seguridad, en lugar de reeditar los métodos y las visiones que han dado origen al tipo de fenómeno que se pretende combatir.

La respuesta militar que se viene gestando por parte de la administración norteamericana con la remembranza del ataque a Pearl Harbor es destructiva para los propios Estados Unidos y altamente peligrosa para la comunidad internacional. Lejos de restituir el equilibrio perdido, reedita un ambiente de confrontación internacional y acciones de fuerza, que fomenta situaciones y políticas agresivas en otras regiones, consolida los fundamentalismos y la xenofobia e impide la superación de la nefasta oposición oriente-occidente.

La cruzada contra un enemigo intangible, puede ser el inicio de un proceso ciego y siniestro de intolerancia, violencia, xenofobia, exclusiones y persecuciones en nombre de un orden que se asume universal.

La confirmación de la orientación tensionante en política exterior¹⁵, exhibida por la administración Bush desde los inicios de su mandato, elevada al rango de política de estado para los próximos años, inculca en la sociedad norteamericana una cultura de gran potencia, reafirma en la OTAN las orientaciones intervencionistas y agresivas y profundiza la crisis del Sistema de Seguridad y demás instancias de las Naciones Unidas, que han evidenciado su limitado espacio de actuación y una disminuida iniciativa, más allá de lo retórico, frente a hechos consumados que tengan relación con intereses poderosos.

Los nuevos fantasmas han traído consigo un daño ideológico profundo al ambiente internacional, haciendo resurgir la imposición de alineamientos y un lenguaje propios de la guerra fría, que promueven como legítima la violencia propia y asumen como perversa la del adversario.

Los viejos paradigmas de seguridad estatal ceñidos a las fronteras del territorio económico, los sistemas políticos y las culturas locales, frente a tensiones y fenómenos que

15 La política exterior de la administración Bush, desde los inicios de su corto mandato, se ha caracterizado por una línea de aislamiento autosuficiente y desafiante frente a acuerdos internacionales fundamentales para la seguridad colectiva, desconociendo intereses de la comunidad mundial y las posiciones de sus propios aliados europeos: ignoró el protocolo de protección ecológica de Kyoto; unilateralmente abandonó los tratados para la prescripción y fabricación de las armas nucleares y ha proclamado su decisión de reanudar el proyecto del escudo nuclear; se ha negado a firmar la declaración internacional sobre los derechos humanos y el racismo.

afectan el posicionamiento internacional de sus sociedades o impactos externos sobre sus formas de vida, pueden alimentar un patriotismo cautivo de sus expresiones políticas inmediatas y respuestas nacionalistas estrechas de corte conservador.

La introversión de las sociedades que se asumen amenazadas por fuerzas externas distorsiona su inserción en el proceso de internacionalización. En la sociedad norteamericana lesiona su propio liderazgo y desconoce su origen y composición multiétnica y ecuménica, que es quizá una de sus mayores cualidades.

Los momentos más oscuros de la historia norteamericana han estado ligados a la segregación y el racismo, cuya superación con el desarrollo de los derechos civiles, ha sido uno de los mayores logros de su democracia, que hoy son cuestionados por las persecuciones, asesinatos y atentados contra minorías árabes en sus ciudades y en las de una envejecida sociedad europea, presa del miedo y la incertidumbre histórica, que, como en todos los momentos críticos del siglo pasado, asiste ofuscada a la recreación de la xenofobia, los prejuicios y los odios raciales.

Es profundamente desequilibrador para el proceso internacional, el pánico de un mundo industrializado, que se siente amenazado por tener rascacielos, ser sociedades urbanas, poseer capitales financieras, centros monopólicos, negocios transnacionales, o simplemente por ser dueño de un pasado colonial y responsable de sus atropellos contra otras culturas.

En nuestra región, EEUU, escaso de estructuras para actuar en el plano internacional, podría echar mano de la

reedición de un panamericanismo tardío en torno al TIAR, que tantas y en tan graves situaciones hemisféricas ha ignorado.

Suponer que los intereses de EEUU en este conflicto y sobre todo, la forma como éstos se manifiestan en la actual política de sus círculos oficiales y militares, son idénticos a los del hemisferio, afecta el proceso de configuración de una Comunidad de Seguridad autónoma y la redefinición de la seguridad hemisférica en proceso de reestructuración, promoviendo apoyos serviles en perjuicio de una solidaridad crítica y creativa que coadyuve a modificar las condiciones de una seguridad internacional frágil y carente de objetivos comunes.

El sometimiento de la visión exterior de nuestros países a las viejas nociones de una seguridad hemisférica levantada en torno a los Estados Unidos y sus operaciones en otras regiones del globo, distorsiona la visión del contexto internacional desde los intereses estratégicos de nuestros Estados, obligándolos a asumir un papel subsidiario y a la generación de una oficiosa movilización de recursos de tipo político, diplomático e incluso absurdamente militares, en torno a una extraña globalización armada, en detrimento de nuestros propios procesos de seguridad y defensa.

Una adhesión de esta naturaleza, distorsiona el proceso de producción de una política de defensa de base nacional, consensuada sobre un diálogo plural civil-militar de alcance democrático, al imponerle una condición exterior ajena a su naturaleza social, en torno a la cual solo pueden haber disensos.

Los límites políticos e ideológicos del actual liderazgo norteamericano, pueden llegar a ser más graves que las insuficiencias en materia de controles y dispositivos de defensa que evidenció durante esta crisis, quebrantando su confiada unipolaridad militar, hoy unilateralidad, frente a los Estados del mundo desarrollado y ahondando su confrontación con los pueblos y naciones en las regiones subdesarrolladas del planeta.

8

MÁS ALLÁ DE LA FRÁGIL ANTINOMIA DE UNA SEGURIDAD VIOLENTA

La comunidad internacional debe superar esa conducta contemplativa y condescendiente que mantuvo durante la Guerra del Golfo, sin admitir que se insensibilice el inconsciente colectivo y se lo subordine a las expectativas por un espectáculo bélico más monstruoso que el del aquella guerra o el de las imágenes dantescas de la tragedia en los Estados Unidos, que han ocupado a los grandes monopolios de la comunicación masiva.

La acción internacional de los Estados, la opinión pública, los movimientos ciudadanos, las colectividades nacionales, culturales y religiosas, debe coadyuvar a crear un ambiente político que haga posible una real y profunda superación de la crisis, a fin de erradicar la violencia reaccionaria en todas sus formas, actuando sobre las condiciones y los intereses que la propician, mediante una cooperación internacional orientada a evitar que se imponga, contra la voluntad de todos los pueblos del mundo, una internacionalización bélica retardataria, inútil y destructiva.

Los problemas de la seguridad internacional, aparecen en el entorno global de una economía mundial con una desigual distribución regional y sus tensiones con un siste-

ma interestatal al que concurren, junto a los Estados de postguerra, los que surgieron de la descolonización y la reestructuración estatal en los países exsocialistas, que dieron lugar a unidades político-territoriales asentadas sobre diversos procesos étnicos, culturales, sociales y económicos. Es ese el escenario de las confrontaciones o los acuerdos, el de las naciones y las nuevas condiciones para su desarrollo.

La relación contradictoria entre la integración económica de dimensiones mundiales y la fragmentación política sobre la que se desarrolla, se expresa en dinámicas diversas, económicas, políticas y militares a nivel regional, a partir de las cuales los temas de la seguridad colectiva, han de responder a una política concurrente, consensuada y plural, que excluya la noción del antagonismo, la intervención o la agresión como fundamentos y recursos en los objetivos de política exterior.

En este contexto, la cooperación interestatal, la seguridad colectiva, las alianzas y los agrupamientos regionales no deben subordinarse a las urgencias inmediatistas de respuesta a los atentados como simple persecución de un delito y mucho menos a acciones unilaterales en el plano militar, desconociendo entornos complejos e intereses diversos.

La superación de equilibrios internacionales inestables, exige no recrear en el plano militar los desniveles y diferencias entre sociedades nacionales, ahondándolos con el uso destructivo de la fuerza, sino propiciar condiciones para opciones de desarrollo alternativas y de coexistencia entre sociedades con una desigual evolución económica e historias y tradiciones culturales diversas.

La ciencia y la tecnología, fuentes de transformación del conocimiento y la producción, deben servir para elevar las condiciones de vida de la humanidad en su conjunto, no deberán ser instrumentos de dominación en la economía ni en la seguridad internacional, ni sus aplicaciones militares, en satélites, transportes, armamento, inteligencia, usar-se para el sometimiento de quienes carecen de ellas.

Es deplorable el espectáculo de despliegue en gran escala de maquinaria militar de punta cercando al mundo de la pobreza y disponiéndose a acciones sobre blancos inevitablemente civiles. La aproximación del tiempo y el espacio por las comunicaciones, la información, los transportes, no debe servir como instrumento de sometimiento de las comunidades sociales y mucho menos de persecución y destrucción de la libertad.

No es desde el pánico y las medidas de autodefensa violenta, que delegan a la maquinaria bélica el exterminio en blancos lejanos, mientras se promueve en casa la privatización de la seguridad con las armas cortas, las máscaras antigases o los refugios para la sobrevivencia individualista, como se protege el futuro unitario de la economía y la integración política y cultural de una comunidad internacional que le sea correspondiente.

Toda unipolaridad militar contiene y reproduce desequilibrios políticos, económicos y sociales. La fuerza de la cooperación internacional debe aplicarse a reducir la brecha del desarrollo y las distancias entre los estados, aproximando a las culturas a una mejor integración y distribución de los frutos del progreso en un entorno de seguridad menos militar y más económico-social.

Sobre los conflictos regionales, la concurrencia internacional de los Estados debe superar los hábitos de la intervención y el cobijo bajo el poder del más fuerte. La seguridad desde la fuerza de la opción militar y sus métodos de armar a los aliados, intervenir en los países sospechosos, alimentar el fraccionamiento político y las pugnas étnico-religiosas, ejecutar operaciones comando, asistir financiera y logísticamente a fuerzas reactivas en zonas conflictivas, ha demostrado ser un recurso deleznable que se vuelve contra sus promotores.

Poco apoyan a una seguridad internacional efectiva, en el plano militar, las políticas de *ofensiva armada* o *despliegue de potencial militar disuasivo*. A este nivel es siempre superior y estratégicamente más sustentable la gestión política de las crisis mediante el impulso de medidas de confianza mutua y las acciones de prevención de conflictos, orientadas al control del riesgo de su regionalización o mundialización, que deben propiciar el marco de una seguridad colectiva más estricta en los controles sobre las armas de destrucción masiva, atómicas, bacteriológicas, químicas y biológicas que no reconocen fronteras estatales, económicas ni sociales.

La iniciativa política en materia de seguridad debe aproximarse a la dinámica de la economía, superando las reacciones de fuerza propias de la guerra fría. Las alianzas y acuerdos de seguridad deben ligarse a la fluidez y equidad en el desempeño de la economía mundial y su despliegue regional y local, en función de las demandas de desarrollo que brotan del entramado social y nacional.

El acceso a los recursos por los mercados, la amplitud de las corrientes financieras y la redistribución de los pro-

cesos productivos y tecnológicos deben concurrir como componentes económicos de una seguridad internacional que tenga como fundamento el desarrollo sustentable, capaz de reducir los impactos de la pobreza con políticas redistributivas efectivas, que permitan enfrentar los desafíos críticos de la concentración urbana, la desestructuración de las economías agrarias, las crisis demográficas, las migraciones masivas y los nefastos efectos residuales sobre la economía y la vida de las poblaciones de las situaciones de violencia, por el dispendio de recursos, los desplazamientos y la destrucción de su hábitat e infraestructura productiva.

Es necesario propiciar una mayor integración mundial, desde una interculturalidad activa que nutra los procesos de internacionalización de un mayor sustento humano, que solo puede surgir de la concurrencia plural y diversa de todos los pueblos y naciones, único camino para la real proscripción de la destrucción como método frente a los conflictos y antagonismos inevitables del desarrollo social.

Para que los monumentos de la civilización no peli-gren en todo el planeta es indispensable democratizar la globalización económica, la relaciones internacionales y la conducta política de los Estados frente a los problemas de la defensa y la seguridad.

Solo es segura una civilización más justa y humana, con un acceso equitativo a los logros del progreso, que no esté condenada a desconfiar de sí misma ni se presuma amenazada por lo distinto, lo múltiple y diverso, que enriquece el desarrollo, afirma la libertad e impulsa la historia.